1. El contexto

A mitad del año 2005, no podría especificar si fue en junio o más bien en septiembre, no tengo clara la fecha exacta. Lo que sí recuerdo con total nitidez era el sitio, la compañía y el momento.

Me encontraba en la cafetería "Poco a poco", y estaba acompañada como cada jueves de Bélgica, MariCarmen y Dunia. Desde que yo había vuelto a la isla, nos reuníamos cada jueves para cenar. Era nuestra cita oficial, para seguir alargando o recordando, las noches en nuestro piso universitario, con naranjas de madrugada o antojos de castañas. Como aquella vez que por poco terminamos prendiéndole fuego al edificio.

Ese jueves, yo venía con mi mala energía habitual. Todo me parecía mal, la vida me era ingrata, me trataba en lo que yo creía en general, bastante mal.

Habíamos pedido papas con mojo y unas croquetas para compartir, y yo tenía delante de mí una hamburguesa. Así de eclécticas eran nuestras cenas.

Bélgica me preguntó qué me pasaba esta semana, cuál era el origen de mis males. Yo me enredé en lo de siempre, la vida me trata mal, todo es una mierda, todo es mentira, quiero morirme. En ese momento, MariCarmen, harta ya de que le intoxicara su cena de los jueves, porque yo estaba siempre en esa espiral descendente de queja y negatividad, dejó su hamburguesa en el plato, y me miró seriamente para regalarme la mejor frase de la historia, que nunca jamás nadie me había dicho:

"Revisa tus agujeros, porque por alguno de ellos a ti se te está escapando la felicidad".

Ella lo dijo seria, y yo lo recibí seria. Pero en ese momento estallé en risa.

Casi no pude terminar de cenar, porque cada vez que me acordaba de la frase me mataba de risa.

Han pasado 15 años, y aún hoy recuerdo ese instante con total precisión.

Esa frase y ese momento fue el punto exacto en que todo cambió.

No te voy a decir que a partir de aquel momento todo fue felicidad y alegría, nada que ver, pero sí que en mi cabeza se instaló la posibilidad de que todo lo que yo estuviera sintiendo o percibiendo no fuera lo que realmente estaba pasando. Eso de "… del cristal con que se mire". Eso.

Probablemente a partir de ese instante, y de la constante centrifugación que hay en mi cabeza, llegué a la idea de que tal vez necesitaba una ayuda extra para revisarme las fugas. Un poco tiempo después decidí ir a terapia. Pero eso es otra historia.

Todo esto pasó en ese verano de 2005, unos meses después, en noviembre, con mano temblorosa firmé la hipoteca del piso y recogí las llaves del mismo. En aquel momento, el decorado y los detalles no eran algo que me despertara demasiado interés, así que le dediqué entre cero y nada de atención. En poco más de dos semanas había adquirido los muebles básicos necesarios, para tener una estancia cómoda en mis dominios.

Otro jueves de principios de diciembre, en nuestra cena semanal, aquí no recuerdo dónde estábamos, aunque probablemente estuviéramos cenando papas con mojo y croquetas para compartir, igual había también en la mesa unos tomates aliñados con aguacate. MariCarmen empezó a hablar de poner el árbol, y de todo lo que venía con este mes de diciembre. Las chicas estaban animadas en su conversación sobre decoraciones navideñas y actividades varias. Yo, en mi postura de *Grinch* habitual, refunfuñaba en mi sitio, picoteando de aquellos platos, pensando seguro que aquel ajo sería el que me mataría de indigestión. En éstas, MariCarmen me preguntó si ya había comprado el árbol para mi casa nueva.

La miré como si hubiera mentado al mismo demonio. Respondí que no lo había comprado, y que no pensaba invertir ni un solo euro en comprar decoración de ningún tipo, que no estaba yo para celebraciones.

Volvió a mirarme: ¿No vas a poner nada de Navidad en tu casa nueva?

Respuesta: me traje de Gran Canaria, una corona navideña para la puerta de entrada, que no sé por qué espíritu estaba poseída cuando la compré. Nunca la he colocado. Hasta ahí va a llegar mi decoración.

Maricarmen soltó los cubiertos y dictó sentencia: el sábado a las 10:00 am paso por tu casa y te llevo a comprar el árbol. Estate preparada y desayunada.

Ni pio se me dio por decir. Porque MariCarmen es toda sonrisas y

amabilidad, pero también es vasca, y nunca en la vida se me ocurriría ponerme a discutir con ella cuando dicta sentencia.

El sábado siguiente, de muy mal humor, me levanté, me duché, saqué a Trufo a dar su paseo, desayuné y me dispuse a esperar a MariCarmen. No se retrasó ni un segundo. A las 10 en punto estaba tocando la pita delante de mi puerta. Ella sabía que yo estaba ahí obligada, pero a ella le daba igual.

Me saludó amablemente, me preguntó si estaba descansada, y si traía la cartera o la tarjeta. Después de responder afirmativamente a todo, iniciamos una conversación como si las dos fuéramos personas normales y felices. Que seguramente ella lo era, pero yo no. Yo no estaba contenta ni feliz. Yo quería seguir revolcándome en mi mierdita batida de tanto removerla. Poner cara de enfado y dejar que me salieran arrugas en el entrecejo de todo lo que lo fruncía al día.

Yo no tenía ni idea de a dónde íbamos, pero ella parecía tener todo bajo control.

En aquel momento, en mi pueblo había un solo bazar chino. Grande y lleno de cosas de Navidad. No había ni hueco por el que caminar entre los pasillos, de todos los adornos que había.

MariCarmen me dijo que cogiera una cesta, y me llevó con paso firme directa al pasillo de los árboles. Había cuatro o cinco árboles montados, y el resto en cajas. Evaluó rápidamente los modelos expuestos y me dijo: éste, ¿no? Señalando a un árbol de 1.80 m aproximadamente. Yo tuve que hacer grandes esfuerzos para no dejar que me llegara la mandíbula al suelo, y ponerme a jurar en arameo. Solo atisbé a preguntar: y ¿dónde voy a ponerlo? Ella lo tenía clarísimo: en la esquina izquierda del salón, delante de la cristalera de pavés, donde tienes un hueco enorme.

El momento en el que ella había hecho aquel análisis, aún estoy por averiguarlo. Al ver su seguridad y su mente clara sobre lo que estábamos haciendo, hizo que me decidiera a bajar la barrera. Estaba allí, con la cesta en las manos, a las órdenes de mi amiga, que me estaba decorando la vida en Navidad para ver si a mí se me quitaba un poco la majadería idiota que traía. Me rendí, y sucumbí a todo lo que ella me decía:

- Árbol de 1,80 m. *Check.*
- 10 bolas grandes plateadas, 10 bolas medianas plateadas, 10 bolas pequeñas plateadas. *Check, check, check.*
- 5 estrellas plateadas grandes. *Check.*
- 5 estrellas plateadas pequeñas. *Check.*

- 15 bastoncitos rojos. *Check*.
- Luces. *Check*.

Listo. Pasamos por caja, donde casi me da un pasmo, porque aquello era un bazar chino, pero pensaban hacer el agosto conmigo. Cien eurazos me dejé allí. Recuerda, año 2005. Fue una medio fortuna.

Cargamos todo lo que compramos en el coche de MariCarmen y nos volvimos a casa. Me ayudó a meterlo todo dentro, y a sacar el árbol de la caja. Y se fue, no sin antes darme otras instrucciones más.

"Ni se te ocurra ahora sentarte a refunfuñar. Limpias el suelo y te pones a armar todo. Si quieres ponerte música, igual te viene bien, unos villancicos o algo. A la tarde vengo a que me invites a un chocolate para ver cómo te quedó".

"No tengo chocolate", fue lo único que me atreví a decir.

"Pues vete y compra. A la tarde vengo".

Cuando mi amiga salió por la puerta yo pensé: ¿pero por qué?, pero una vez más como otras tantas en mi vida, cogí el cepillo y me puse a barrer el suelo.

Por la tarde, había colocado mi árbol, lo había decorado con lo que había comprado, y hasta me lo había pasado bien. Tuve ánimo hasta de colgar la corona de la puerta. Me costó admitirlo, pero era así: me lo había pasado bien haciendo aquello.

Saqué a Trufo de nuevo, y aproveché para comprar el chocolate a la taza con el que agasajaría a MariCarmen después. Volví a casa, y me senté en el sofá a contemplar mi árbol de Navidad. Me descubrí el resto de la tarde, esperando ansiosa a que MariCarmen volviera a casa para lucir orgullosa mi trabajo. Se hizo esperar, lo que a mí me sirvió para asumir el gran trabajo que mi amiga había hecho conmigo.

MariCarmen llegó a casa más tarde de la merienda, cuando yo ya estaba impaciente por recibirla. Tenía la necesidad de que me validara el esfuerzo que había hecho, pero claro, ella tenía otra intención y otra necesidad. Llegó, me miró, así como lo hace la señorita *Rottenmeier*s, por encima de las gafas, aunque ella no usaba gafas de cerca ni nada, pero ya sabes... Esa mirada de ¿qué, tenía razón o no? Y no dijo nada más, porque su mirada lo decía todo.

Me alabó el arte que había tenido en colocar las bolas aquí y allá, cómo enredé las luces por todas las ramas del árbol, que para ser de plástico y *Made in China*, era frondoso y bien apañado. Claro, que sus buenos euros me habían costado.

Siempre le agradeceré a MariCarmen lo tajante que fue conmigo en aquel asunto, y todo lo insistente que ha sido en darle valor al adorno. El poner las cosas bonitas, aunque solo sea para un rato. MariCarmen me enseñó que te mereces adornarte, adornar el entorno y espacio que ocupas, y que todo en la vida es susceptible de llevar un gran lazo y espolvorearle purpurina; que cada día es distinto en función de lo que tú quieras remarcar del mismo; y que hay que celebrarlo todo. Absolutamente todo.

Desde ese año, siempre he puesto mi árbol y mis adornos, que con el tiempo he acumulado un buen puñado de ellos. Hubo una época en la que viví en Gran Canaria, aunque venía con frecuencia a casa. En el momento de la Navidad, volvía a casa durante el puente de diciembre, y colocaba el árbol y los adornos, los disfrutaba cuando venía para celebrar Nochebuena, y los guardaba cuando volvía para el día de Reyes. ¿Merecía la pena?: Sí, sin lugar a dudas.

Años más tarde, empezamos a ir a las ferias americanas de *patchwork*, claro que eso era más bien la excusa de cruzar el charco y darnos una vuelta por los Estados Unidos y hacer buenas compras. Los primeros viajes fueron en primavera, y en sitios como Chicago, aún había nieve amontonada en algunas esquinas. Me llamaron la atención la cantidad de carte-

les que encontraba en las casas con la encomienda: "*Welcome spring*". Esta gente celebraba el cambio de estación y decoraban todo el entorno para que se notara la celebración. Tenían adornos para absolutamente todo. Hasta ese momento, y gracias al esfuerzo que hizo MariCarmen, yo solo decoraba la casa para Navidad. Que como te digo, en aquel momento me limitaba a poner el árbol y la corona de la puerta. Y aunque me encantaba la cantidad de ideas increíbles que había por todos lados para cualquier mínimo acontecimiento, aún yo no había llegado a ese punto.

Empecé a ver también en los diseños de *patchwork*, *quilts* con temática navideña. Había muchos patrones que hacían referencias a "*12 days of Christmas*". Diseños preciosos que me apetecía traérmelos todos, para hacerlos en pleno junio si hacía falta. No tenía muy claro a qué hacía referencia esta celebración, aunque imaginaba que los 12 días serían los que van desde el 25 de diciembre hasta el 6 de enero.

Supe algún tiempo después, que en realidad a lo que hacía referencia es a una canción. Navideña, eso sí, en la que se enumeran los 12 regalos que una persona dice haber recibido de su enamorado durante los 12 días de Navidad. Búscala en YouTube, si te da curiosidad.

En ese momento compré una revista con varios modelos de esta temática. Creo que no he hecho ni uno 15 años después. No tengo preocupación, espero una jubilación saludable y tranquila, para poder seguir cosiendo lo que no he cosido hasta ahora.

Cada año seguí armando mi árbol de Navidad, mi corona, y ahora también ponía un Papá Noel de tela, con forma cónica, muy mullidito y simpático, que hice en un monográfico de *patchwork*, en Gran Canaria. De ese curso, hice también unas cuantas bolas de porexpán, forradas con tela, bastante horribles, por cierto. Porque, aunque hice varias cosas con esta técnica, y que creo que en algún momento de mi vida como profesora de *patchwork* también enseñé, nunca me gustaron. Que me perdonen mis alumnas por aquellas bolas tan feas.

A finales de 2008, estaba viviendo una situación profesional y seguramente también personal, muy compleja. Bueno, realmente esto no era novedad, porque ahora que lo pienso, me pasé desde mitad de los 20 hasta mitad de los 30 años en un estado de enfado,(diría que constante) y sintiendo que la vida me trataba bastante mal. No regular, no así… no, para mí era maltrato directo y constante. Así de dramas, primas.

Yo no quería sentirme así, ni que decir tiene, pero había encontrado cierta comodidad en encontrarme mal. Supongo que esto tiene un nom-

bre, pero, en resumidas cuentas, había hecho de sentirme mal mi zona de confort y lo resolvía quejándome todo el rato.

No estoy nada contenta con los recuerdos que tengo de aquellos años, pero supongo que tienen que ver mucho con quien soy hoy. De vez en cuando tenía momentos de lucidez y pensaba: ¡coño, la vida tiene que ser otra cosa!, y me entraba el ansia por encontrarme mejor. Casi siempre que me pasaba esto, me metía en el cuarto de las labores y buscaba un proyecto nuevo que empezar. De manual. Buscaba algo que me produjera placer y satisfacción de manera inmediata: empezar algo nuevo. Estaba unos cuantos días trabajando sobre el proyecto elegido. Esos días en los que aún tienes que leer las instrucciones, seguir recopilando materiales, y que sigues concentrada intentando entender el funcionamiento de la técnica o del diseño. Pasados esos primeros días, el trabajo se tornaba monótono, ya no requería toda mi atención para hacerlo crecer. En ese momento mi cerebro se desconectaba de lo que estaba haciendo, y me llevaba nuevamente a la zona de queja y sufrimiento. Y así, lo que quiera que hubiera empezado dejaba de interesarme, y pasaba a ocupar el último puesto de la pila de proyectos inacabados. Que a finales de 2008 tenía ya una altura considerable.

En uno de esos momentos, cerca del diciembre de 2008, seguí mi modo natural de actuar. Me fui a empezar algo nuevo. La cesta de las labores de punto ya no tenía ni un hueco más, y probablemente no tendría ni agujas libres para empezar algo. Así que me decanté por las telas. Abrí una caja donde guardo todas las telas y patrones relacionadas con la Navidad. Allí encontré un kit bastante bonito de una cuenta atrás. Tenía que hacer un juego de números en una especie de paneles, que luego irían colgados en una estructura de hierro que se podría colocar sobre una mesa, o colgar de la pared. En el kit lo tenía todo para hacerlo y terminarlo. Hasta la estructura de hierro. Tuve claro que eso era lo que tenía que hacer. Además, como era para Navidad, y como este período se acercaba, pondría todo mi esfuerzo en desarrollar la disciplina necesaria para acabarlo.

Me puse Alicia en el País de las Maravillas, (mi película favorita, *ever*), en el portátil, a cortar y a coser. Ese fue el adorno nuevo que añadí ese año a mi Navidad. Fui disciplinada y mantuve el foco en acabarlo, y lo logré. No era un Calendario de Adviento, pero se le parecía bastante. Guardaba la idea de ir contando los días que pasaban hasta el día de Nochebuena.

Y así, voy llegando al año 2009. Ese año estaba residiendo en Gran Canaria, por trabajo y obligación, una vez más. ¿Te acuerdas cuando al principio te dije que ante algo que no me gustaba o quería hacer, refunfuñaba, pero lo hacía? Pues esto es. Ahora que he leído mucho sobre la zona de confort, las creencias y toda la base del desarrollo personal, (que igual no te has dado cuenta, pero hierbas soy un rato), me doy cuenta de que lo que tengo es rigidez mental, y muy poca tolerancia a lo desconocido o a los cambios.

En el 2009 estábamos remontando una crisis económica importante, y yo pasé medio 2008 sin estar asalariada y buscando donde poner todas mis actitudes y conocimientos. Afortunadamente, aquél que en abril me despidió, me volvió a llamar en diciembre. Empecé el año en un nuevo sitio de trabajo; mudanza de por medio.

¿Quería irme yo para allá? No, claro que no. Pero lo que te digo, me pongo en modo refunfuño nivel experto, mientras hago las maletas y me meto en el barco. Claro que pese a todo el mal humor que cargo en esos momentos, tengo también otra cosa, que es la segunda parte de mi proceso. Una vez que llego al sitio, a la tarea o a la vivencia en concreto, que me incomoda y me perturba, me propongo sacar todo lo mejor de la situación.

En el 2009 me pasaba la mitad del día en una obra, y casi que la otra mitad buscando aparcamiento. El tiempo que me restaba me dediqué a buscarme un buen círculo de sostén. Así como años anteriores me sostuvo el *patchwork*, en los años siguientes me sostuvo la lana y las agujas. Y ahí me encontré de nuevo con la Navidad y los adornos.

En ese grupo nuevo al que me acoplé casi sin pedir permiso, conocí a Birgit. La historia con ella y lo fundamental que ha sido en mi vida como tejedora, da para otro libro, que quizá escriba, no me pierdas la pista. Pero lo que quiero recordar ahora fue su papel en mi Navidad. Pocos días antes del puente de diciembre, yo calculo que sería justo en los primeros días de este mes, Birgit nos invitó a merendar-cenar a su casa, en una tarde previa a las fiestas navideñas, para celebrar ese período todas juntas. Allá nos fuimos, cada una con su plato cocinado y listo para compartir. Cuando llegué a su casa, se me abrieron los ojos como dos huevos fritos. El salón donde nos recibió tenía una pared grande y blanca, en la que se encontraban colgados tres Calendarios de Adviento. Cada uno con su forma particular, y los tres hechos a mano. Eran paneles rectangulares, con 24 compartimentos. Cada uno tenía bordado a punto de cruz su número correspondiente.

Ante semejante maravilla, yo pregunté hasta que casi me mandaron a callar. Birgit me contó que en su país (Alemania) era una tradición muy importante sacar el 1.° de diciembre el Calendario de Adviento. Dentro de cada bolsillito había un chocolate. En su familia, cada uno de sus hijos tenía el suyo, y ella y su marido compartían el otro. El día 30 de noviembre por la noche, ella armaba los Calendarios, rellenando con los chocolates preferidos de cada uno, y los colgaba en su salón. De ahí hasta el día 24, cada uno iría degustando sus chocolates. También me enseñó la corona con las velas, que tenía en una mesita auxiliar, y en la que yo no había reparado. Me contó que, durante los cuatro domingos previos a la Navidad, se encendía cada una de las velas.

Yo quedé maravillada ante tanto ritual. Ante la ceremonia de ir celebrando algo cada día durante 24 días. Aquello me dio vueltas a la cabeza mucho rato. A los pocos días, en una conversación telefónica con mamá, le conté de la belleza del Calendario, del ritual y de la espera. Mi madre, primero escuchó, y con su característica ironía me dijo: "porque claro, tú del Adviento no habías oído hablar". Yo me quedé pensando. ¡Hombre!, algo me sonaba, pero no tenía ni idea de lo de las velas, la corona y la preparación.

Ahí mi madre cogió carrerilla: "pero, pero, pero ¿cómo es posible? ¡Ya veo lo atenta que estabas en las clases de catequesis!".

Tengo que aclarar aquí que mi madre es católica practicante, muy practicante. Que nos ha llevado a misa cada domingo de manera rigurosa y regular, hasta que tuvimos la edad para plantarnos y decir: hoy no voy,

hoy duermo. Por supuesto, estoy Bautizada, he tomado la Primera Comunión y estoy hasta Confirmada. Cuando crecí y empecé a salir del nido, empecé a leer otras cosas, y tener mis propias creencias y a cuestionar otras. Todo lo que aprendí durante aquellos años de catequesis lo almacené en algún disco duro del que ya no tengo la contraseña para extraer la información, debe ser.

Después de la bronca con mamá, lo del Calendario de Adviento quedó fijado en mi cabeza.

Ese mismo año 2009, mi amiga Rosa, me mandó una foto para felicitarme por Navidad. En la foto se veía un fuego estupendo en la chimenea de su salón. A la derecha estaba su precioso árbol y algunos adornos más por la estancia. Era una foto puramente navideña. Lo que realmente captó mi atención, fue una cuerdita que había colocada sobre la chimenea, de la que colgaban una serie de mini calcetines. Me pareció preciosa. Yo no tenía chimenea, pero no tenía la menor duda de que esos calcetines quedarían preciosos sobre cualquier superficie que quisiera ponerlos.

Las Navidades fueron pasando, siempre con el mismo espíritu: poner el árbol de forma inflexible, e ir añadiendo cada año, algo más.

Y llegamos a la Navidad del año 2011. La primera Navidad con Emma, y la primera Navidad en la que ya éramos dos. Como bien dijo MariCarmen, Emma me tapó el punto de fuga que yo tenía. Y no quiero que te pongas a pensar en que ella fue la que me hizo feliz, que sí, lo hace; ni tampoco te creas que mi felicidad depende de ella, que un poco también, pero no. Lo que me pasó es que, con la llegada de Emma y mi maternidad, se dieron dos circunstancias que, combinadas, me centraron. La primera fue la química. Sí amigas, hasta casi los tres años de Emma, yo me los pasé colocada. Así como lo escribo. Mi cuerpo y su fábrica hormonal me pusieron a tono. Me pasó desde el primer trimestre de embarazo. Yo no recuerdo haber estado nunca así. Pero me sentía ir por la vida levitando. Sé que hay muchas mujeres que pasan un embarazo terrible, con náuseas, con malos humores, y con irritabilidad constante. Eso era lo que yo sentía principalmente antes de embarazarme, y he llegado a la conclusión que justamente a mí, ese estado, lo que hizo fue equilibrarme. Mira no sé, pero lo que sí te digo es que, para mí, pese a que no pierdo de vista que esto de reproducirse es un trabajazo la mar de cansado, los primeros años fueron como de mundo todo rosa.

La segunda circunstancia que se dio, fue que ya no tenía tiempo. No hay un segundo libre en el día cuando bregas con un bebé. Esto es así. No

tenía tiempo ni para colocarme el pelo. Lo cual no era un problema, porque las hormonas me tenían también por aquella época, el pelo como si fuera un anuncio andante de pelo Pantene. Creo que ahora mismo echo bastante de menos aquel *cocktail* hormonal.

En esa primera Navidad, estaba yo más animada y contenta que de costumbre. Quería recordar y dejar constancia de las cosas que hacíamos. No tenía tiempo de muchas cosas, y echaba mucho de menos coger las agujas y tejer. En mi cabeza estaba un álbum de fotos de los momentos estelares de la primera Navidad de Emma. Y con ese afán provisorio y organizativo que me acompaña la mayor parte del tiempo, se me ocurrió matar dos pájaros de un tiro y ponerme a tejer mini calcetines. Era algo que podía hacer relativamente en poco tiempo, y me quitarían el gusanillo de tejer. La idea fue hacerle un primer par de calcetines a Emma, pero una vez hube tejido el par propiamente dicho, de un color gris oscuro, se me vino a la cabeza el recuerdo de la chimenea de Rosa. Seguía teniendo lana, así que seguí tejiendo calcetines. Me quedé sin lana gris, lo que no fue problema porque tenía una caja llena de muchas lanas. En ella rebusqué hasta que di con otros colores: verde, azul y rojo. Hice combinaciones entre ellos, y tejiendo a buen ritmo durante un mes, conseguí tener completo el conjunto de los 24 calcetines.

En la Navidad de 2012 ya tenía mi primer Calendario de Adviento. Busqué una cuerda, y también unas mini pinzas. Este Calendario nos acompaña desde entonces. Sacarlo de la caja el 30 de noviembre es el pistoletazo de salida de vivir la Navidad, que cada año nos proponemos que sea mejor que la anterior.